

Operación Cirirí contra el Falso Positivo



En sus palabras:

Apartes de un reportaje a Doña Fabiola Lalinde, madre del joven desaparecido LUIS FERNANDO LALINDE, ocultado por años bajo la etiqueta de un “alias Jacinto” muerto en “intento de fuga” y sepultado en secreto:

“El 2 de octubre de 1984, Luis Fernando, mi hijo mayor, al salir de casa a la una de la tarde me dejó razón de que en caso de no regresar esa noche, lo haría al día siguiente. No regresó ni esa noche ni al día siguiente. El 4 de octubre ya estábamos indagando por él y tardamos 4.428 días -día a día- para llegar a la verdad sobre su suerte final.

A las dos semanas nos enteramos de que él había salido para la vereda Verdún, en el municipio de Jardín (Antioquia) y que todo parecía indicar que había sido detenido allí por una patrulla militar cuando salía a primera hora de la mañana a tomar bus para Medellín. Iniciamos entonces este peregrinaje de Procurador en Procurador, batallones, brigadas, campamentos, cárceles... Jorge, el hermano, emprendió este recorrido y en cada lugar le daban una información diferente.

Me enteré por el Doctor Héctor Abad Gómez, que realmente Luis Fernando había sido detenido en la mencionada vereda de Jardín. Jorge salió para Jardín con una foto de su hermano ... caminando por sembrados y cafetales ... Un campesino al que le mostró la foto, le dijo que subiera a una casa más

arriba y allí le darían información... allí lo identificaron inmediatamente con su hermano por el parecido físico ... los habitantes de la casa le relataron hechos allí sucedidos: había salido el día 3 de octubre a las 5:15 de la mañana para tomar el bus a Medellín, cuando fue detenido por soldados del ejército y sin preguntarle nada fue cogido a golpes, patadas e insultos y por lo que cuentan los testigos, se deduce que fue sometido a toda clase de tratos crueles, inhumanos y degradantes; de allí lo pasaron frente a la Concentración Escolar a las 8 y media de la mañana y fue amarrado a un árbol de yarumo en donde continuaron los vejámenes frente a los niños de la escuela, además fue despojado de sus documentos de identidad. Allí permaneció hasta las seis de la tarde, hora en que fue sacado en un camión del ejército, muy golpeado, casi muerto, llevaba las manos atadas atrás. Salieron del lugar con rumbo desconocido.

Después de muchas diligencias, el 9 y el 14 de noviembre de 1984 se obtuvieron, gracias a la Procuraduría, entrevistas con el General Nelson Mejía, Procurador Delegado de las Fuerzas Militares. En la primera negó rotundamente que lo hubieran capturado; en la segunda, después de pedir un informe, afirma que en dicha vereda hubo dos detenidos: un alias "Aldemar" y un alias "Jacinto", éste un cadáver sin identificar, dado de baja por intento de fuga. Al suplicarle que informara dónde se encontraba el cadáver NN y que se permitiera su identificación, él se opuso y me aconsejó que regresara a mi trabajo y que no perdiera el tiempo hablando con procuradores y funcionarios, que ellos no iban a resolver nada.

Desde el 3 de octubre de 1984 hasta llegar por lo menos a la verdad, transcurren días, meses y años... agotado el recurso interno, ante todas las instancias nacionales sin obtener ninguna respuesta, el caso fue presentado ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en marzo de 1985. El Gobierno de Colombia respondió: *"agotada la investigación de rigor, se llegó a la conclusión que tal persona en ningún momento fue capturada por miembros de las fuerzas militares y tampoco estuvo en calidad de privado de su libertad en dependencias militares"*. Pero a pesar de todo ello, el 22 de septiembre de 1987 la OEA condenaba al Gobierno por el arresto y posterior desaparición de Luis Fernando Lalinde. El gobierno solicitó un plazo para ampliar la investigación, pero un año más tarde la Comisión confirmó la Resolución 24/87, sustituyendo la expresión *"arresto y posterior desaparición"* por la de *"arresto y posterior muerte"*.

Molestos con la Resolución, mi casa fue allanada por una patrulla de la Policía Militar el domingo 23 de octubre de 1988 cuando yo me encontraba en Misa. La llamaron "Operación Centella". Me llevaron al Batallón Bomboná por 3 días. Hicieron un montaje con dos kilos de cocaína de alta pureza en el closet de mi hijo que llevaba 4 años desaparecido; me acusaron de terrorista, subversiva y jefe de la narco-guerrilla en Antioquia, con ello pretendían restarle validez a la Resolución de la OEA. Fui detenida arbitrariamente en la Cárcel del Buen Pastor. También detuvieron a mi hijo Jorge. En la prisión pensé en planear una estrategia pacífica y efectiva para buscar la verdad sobre la suerte de Luis Fernando y exigir justicia. En la Biblia encontré el capítulo 18 de San Lucas sobre la parábola de la viuda y el juez injusto, basado en la insistencia.

En enero de 1989 tengo que retirarme de la empresa por terrorismo telefónico y amenaza de otra captura. En marzo del mismo año mi hijo Mauricio sale del país como refugiado, apoyado por Amnistía Internacional. El 29 de junio de 1990 prescribe el proceso disciplinario; se continúa con la presión y la denuncia para conocer la verdad. El 4 de abril de 1991 debo salir del país por hostigamientos y me voy a Caracas a una pasantía de derechos humanos.

El 14 y 15 de abril de 1992, después de 7 años de olvidos, negligencias y contradicciones, por la presión nacional e internacional y por cambio del juez penal militar, se realiza la primera exhumación de los restos del N.N. alias “Jacinto” en la vereda Ventanas de Riosucio, Caldas; se encuentra parte de los restos y la ropa pero no el cráneo. Los restos estaban diseminados por el área como si hubiesen sido cambiados de lugar, y otros bajo una capa de tierra al pie de la raíz de un árbol.

En mayo de 1992 se realiza una segunda exhumación por presión de la OEA y se hallan el cráneo y otros huesos claves para la identificación. Fueron hallados en una especie de madriguera que formaba la raíz de un árbol, diagonal a la primera exhumación.

Se inicia entonces el proceso de identificación el cual dura 4 años. El ADN mitocondrial dio negativo en Colombia, realizado por el Doctor Emilio Yunis, autoridad reconocida en este campo. Luego se logró que el estudio se repitiera ante un organismo imparcial; fue necesario que nuestra familia viajara a Estados Unidos donde se practicaron las pruebas en la Universidad de California por la Doctora Mary Claire King y el resultado dio positivo: alias “Jacinto sí era Luis Fernando Lalinde.

El 18 de noviembre de 1996 y después de 4 años de toda clase de obstáculos y gracias a la presión y solidaridad de organismos nacionales e internacionales, la Octava Brigada de Armenia me hizo entrega de los restos de mi hijo plenamente identificado como Luis Fernando Lalinde Lalinde. El acta, firmada por un Mayor llamado “Armando Trucco”, sólo enumeraba números y tipos de huesos. Al día siguiente se realizó la inhumación de sus restos en una bella y sobria ceremonia en la Iglesia de Santa Gema, en Medellín.

Las lecturas del corazón y de la fe

1) Homilía en la Eucaristía de inhumación de los restos de Luis Fernando, Medellín, noviembre 19 de 1996, Iglesia de Santa Gema Galgani

Este momento es profundamente sagrado; no porque nos separe de alguna manera de nuestra prosaica, conflictiva y dolorosa cotidianidad, sino por aquella sacralidad que consiste en acercarse, en ciertos momentos privilegiados, a las dimensiones más profundas de la realidad; por aquella sacralidad que consiste en asomarse, no sin cierto estremecimiento, a las honduras de lo humano y experimentar contemplativamente cómo se hace la historia; cómo se construye su sentido con jirones de luz y de tinieblas, de gracia y de pecado, de muerte y de vida, de odio y de amor.

Y este momento es particularmente sagrado porque quiere concentrar, en un denso espacio celebrativo, 12 años de historia: esos 12 años que nos separan de la desaparición de Luis Fernando. 12 años durante los cuales, quienes siguieron de cerca y quienes seguimos de lejos los avatares de esta tragedia, navegamos estremecidos por dimensiones *insospechadas de lo humano, que nos revelaron* dramáticamente la capacidad de perversión y de crueldad que puede asentarse en el corazón humano, pero que nos revelaron también la capacidad de amor y de solidaridad que allí mismo se pueden generar.

Esta urna en que ahora descansan los restos incompletos de Luis Fernando materializa profundos valores espirituales. Allí toma cuerpo y se expresa hermosamente el respeto sagrado por la vida y por la dignidad humana; allí se expresan hermosamente el amor materno y el amor fraterno; allí se concentra un amor aquilatado por el tiempo y el dolor, por vigiliias y pesadillas, por esfuerzos y sueños, por acciones y fatigas; por la tenacidad de la esperanza. Valores trascendentes que se arraigan, se nutren y se expresan en la fragilidad de la materia.

Esta urna rescata esos restos de escenarios y contextos que materializaron el desprecio, la crueldad y el odio; de escenarios donde se significó el desprecio por la dignidad humana y donde la naturaleza fue violada para que albergara el crimen y la prepotencia.

En un momento como estos se impone revivir esa memoria dolorosa, sobre la cual se construye, de todas formas, el sentido de esta celebración.

Se impone regresar con el espíritu a aquel trágico amanecer del 3 de octubre de 1984. Luis Fernando debía cumplir una misión, encomendada por su partido, de rescatar y evacuar de la zona a uno o varios combatientes heridos. Misión humanitaria que la ética y las leyes universales de la guerra no solo permiten, sino que teóricamente rodean de múltiples garantías.

La zona le era conocida, pues entre aquella población campesina él había desarrollado muchas tareas educativas y políticas. Si pudiéramos penetrar en los sentimientos que debieron acompañarlo en aquel riesgoso viaje, encontraríamos seguramente en su alma sentimientos de temor, pero a la vez de coraje, de solidaridad y de amor. Difícilmente una misión de éstas puede cumplirse sin una conciencia profunda de fraternidad; sin sentimientos y convicciones que lleven a descubrir en las personas victimizadas por la injusticia, por la dominación y por la violencia del poder, hermanos, por cuya vida y dignidad vale la pena arriesgar la propia vida.

Los enfrentamientos bélicos de aquellos días llevaron a los efectivos del Ejército hasta la vereda de Verdún, donde, a través de atropellos degradantes contra la población campesina, buscaban descubrir combatientes ocultos. Luis Fernando es capturado allí y plenamente identificado como profesional y como activista desarmado. Sin embargo le someten a torturas crueles e inhumanas en presencia de numerosos testigos. Una pesebrera se convierte en el primer lugar de suplicio; luego un árbol, donde es atado y torturado ante la mirada atónita de los niños de una escuela, quienes debieron grabar en su consciencia las dimensiones concretas de un Terrorismo de Estado, dentro del cual deberían sobrevivir y abrirse camino en la vida.

Al anochecer de aquel día, Luis Fernando es introducido en un camión militar que se interna por una vía solitaria, donde solo serán testigos de su suerte sus propios victimarios y la oscuridad de la noche.

En la vereda de Ventanas, del municipio de Riosucio, Luis Fernando es asesinado al amparo de la noche y sepultado allí mismo, en un lugar escarpado. Este hecho constituiría en adelante un férreo secreto de Estado. Sobre aquella agreste tumba debería construirse una muralla inexpugnable de desinformación, y la niebla debería cubrir para siempre todos los caminos que le dieran acceso.

Desde aquel primer momento, Doña Fabiola y sus hijos emprenden la prolongada y dolorosa peregrinación hacia ese sepulcro incógnito y sellado, pretendidamente inaccesible; hacia esa verdad

oculta, cuya prisión era custodiada por los más encumbrados poderes del Estado; hacia ese ansioso reencuentro con su hijo, suspendido como un trágico péndulo que oscilaba sobre la frontera entre la vida y la muerte, entre el tiempo y la eternidad, como un perpetuo agonizante.

Militaban en su contra, para emprender este camino, enormes y poderosos obstáculos. -Los mismos que hicieron desistir a tantas otras familias que quisieron explorar ese difícil sendero- : la indolencia y la prepotencia de los victimarios; los innumerables laberintos y atajos construidos durante décadas de impunidad; la intimidación; la calumnia; el hostigamiento y el terror; el "espíritu de cuerpo" de las instituciones incursas en el crimen; la complicidad generalizada de todas las instancias de poder; la enorme capacidad de engaño y de encubrimiento de quienes se conciben a sí mismos como "medios de información".

Militaban a su favor, para emprender ese camino, ante todo, el amor de una madre por su hijo y el amor de unos hermanos por su hermano. Amores que no pudieron ser doblegados por ninguna amenaza ni quebrantados por el desánimo, la frustración o la desesperanza que se cosechaban después de cada trámite oficial. Amores que vencieron los obstáculos de reveses económicos, de señalamientos sociales, de intimidaciones veladas o abiertas, de burdos montajes, de calumnias, de infames, arbitrarias y abusivas detenciones, de deterioros irremediables en la salud, de la profanación de los valores más queridos, de engaños, evasiones y fraudes, de la puesta a prueba más prolongada y desgastadora de la constancia y de la esperanza. Amores que, por el contrario, crecieron y se fortalecieron al ritmo de su resistencia y de la tenacidad de su búsqueda. Amores que el tiempo no pudo borrar, ni la fatiga desestimular, ni el miedo hacer traicionar.

Y militaba también a su favor, para emprender ese camino, **el patrimonio moral de la humanidad**. Patrimonio moral que, en algunos casos, fue levemente despertado de su letargo en el soldado acosado por remordimientos de conciencia que revelaba algún pequeño detalle; en el juez que finalmente se decidía a practicar alguna prueba; en el funcionario que, a fuerza de ruegos y lágrimas, aportaba finalmente algún grano de arena para ayudar a reconstruir el camino.

Patrimonio moral de la humanidad que se hizo vigilia militante en grupos y organizaciones humanitarias dispersas por el mundo y que formaron una cadena solidaria para despejar el camino hacia ese incógnito sepulcro y hacia esa verdad prisionera. Jóvenes, adultos y ancianos, mujeres y hombres, de las más diversas razas, lenguas, culturas y posiciones, que sacrificaron algún momento de su descanso para escribir mensajes al gobierno de Colombia; que visitaron embajadas; que publicaron artículos o volantes de denuncia; que utilizaron las más creativas formas para despertar la solidaridad de la especie y para exigir en todos los tonos que este crimen se esclareciera.

Patrimonio moral de la humanidad que se expresó en formas más institucionales en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos; en los grupos de trabajo y relatorías de las Naciones Unidas y en numerosas organizaciones no gubernamentales, de alcance nacional e internacional.

El camino fue largo y doloroso para llegar a esta tumba. Todo había sido intentado para impedir su identificación: el ocultamiento y cambio de su nombre; la destrucción de los pulpejos de los dedos; las exhumaciones clandestinas para manipular los engaños; las repetidas violaciones de la tumba para dispersar los restos y para ocultar las huellas más evidentes del crimen; la elaboración de informes amañados; la invención de circunstancias que intentarían legitimar el crimen por "intento de

fuga"; el cambio de las muestras óseas para falsear los dictámenes científicos; el desconocimiento arbitrario de las pruebas; el recurso al paso del tiempo para justificar el "olvido del lugar" y para someter a la prueba del agotamiento la tenacidad de la constancia. Todo, todo fue intentado, pero el amor y la solidaridad todo, todo lo vencieron.

Extrapolando las palabras de Cristo en el Evangelio de San Juan que escuchamos hace unos momentos, podríamos decirle a Doña Fabiola con profundos sentimientos: **"Madre, he ahí a tu hijo"**. Finalmente has encontrado su cuerpo destrozado, y eso era quizás lo que ansiosamente buscabas por encima de todas las barreras; por encima de todos los engaños; por encima de todas las pruebas de resistencia; por encima de todos los oprobios. Buscabas llegar hasta la cima del Calvario y poder ocupar allí tu lugar indeclinable junto a la Cruz.

"Estaba junto a la cruz de Jesús, su madre..." (Jn. 19,25). Este lacónico versículo del Cuarto Evangelio es denso en humanidad. En la austeridad de sus palabras remite a las más profundas y hermosas expresiones del amor humano. Quizás por ello este tema inspiró las más sublimes melodías a los grandes compositores: Vivaldi, Joaquín Deprés, Palestrina, Dvorak, Shubert, Rossini, Poulenc, Pergolese y muchos otros le dieron las más conmovedoras expresiones musicales al "Stabat Mater", ese himno medieval que tradujo en sentimientos y plegarias el lacónico versículo de Juan: la fugaz permanencia de María junto a la cruz de Jesús.

Pero el camino no ha terminado. Fue hallada la tumba, pero aún la verdad y la justicia permanecen en una oscura prisión. Largas jornadas nos esperan todavía para llegar hasta allí y lograr que sobre esa negra cárcel brille por fin la luz.

Seguiremos contando para ello con el **patrimonio moral de la humanidad**. La DESAPARICION FORZADA DE PERSONAS no es un crimen que afecte solamente a las familias de las víctimas; **"constituye una afrenta a la conciencia del hemisferio y un Crimen contra la Humanidad"**, en palabras textuales de la Asamblea General de la Organización de Estados Americanos. Es un crimen que afecta moralmente a la humanidad como humanidad.

Grande es la tentación de claudicar. No solo las enormes dificultades y obstáculos del camino, sino también argumentos y motivaciones que se inspiran en las estrategias políticas del momento, invitan a deponer la lucha por la verdad y la justicia en aras de un "perdón y olvido" del pasado, o de supuestas políticas de "paz y reconciliación", estrategias todas que manipulan y falsean profundamente los auténticos valores cristianos del perdón y de la paz.

Quiero recordar aquí la reflexión que me inspiró la lucha de las Madres de Plaza de Mayo, de Argentina, que han cumplido ya casi 20 años de tenaz perseverancia:

"Pienso en esas madres, cuya ronda de todos los jueves a las tres de la tarde es un ritual que habla a los más profundos estratos de la consciencia. Varias veces me acerqué a esa plaza como a un lugar sagrado. Aquellas mujeres vestidas de negro, con sus pañoletas blancas y las fotografías de sus Desaparecidos en sus manos, mantienen viva la conciencia moral del continente. Sicólogos, sociólogos, políticos y clérigos les han aconsejado en todos los tonos poner ya fin a su ritual.

¿Por qué seguirse identificando como las "madres de las víctimas"? ¿no es ésta acaso una identidad patológica?;

¿por qué no abandonar, con sentido de realismo, lo que es inalcanzable?;

¿por qué, en lugar de seguir fijadas en el pasado, no construir un futuro menos lúgubre?;

¿por qué sepultar definitivamente sus vidas en un interminable ritual funerario?;

¿por qué no perdonar a los victimarios y olvidar las pesadillas del pasado?;

¿por qué no luchar, más bien, por una reconciliación y una reconstrucción del país?

Razones todas respetables para deponer su lucha, pero ellas han preferido continuarla. Han preferido seguir siendo una llama eterna que arde junto al sepulcro de la dignidad humana, donde ofician como intransigentes centinelas de su resurrección. Tienen la convicción de que a sus Desaparecidos, despojados cruelmente de su vida y dignidad, solo les quedó el **derecho a la justicia**, derecho del cual ellas jamás los despojarán mientras vivan.

¿Qué sería de nuestro continente sin este impresionante testimonio de humanidad?"



Urna para los restos de Luis Fernando construida por su hermana Adriana

Homilía en las exequias de Doña Fabiola Lalinde, marzo 14 de 2022¹

Pagando un tributo ineludible a nuestra condición humana, ha llegado finalmente el día de asistir al momento supremo de transición hacia su plenitud en la vida de Doña Fabiola. No lo miremos como una triste despedida que clausura y cierra lo hermosamente vivido. A la luz de la reflexión que hace San Pablo en su Segunda Carta a los Corintios, sabemos que mientras nuestra humanidad exterior se va desgastando y consumiendo progresivamente, porque así fue diseñada nuestra estructura vital, al mismo tiempo nuestra humanidad interior se va vigorizando progresivamente en el camino hacia su plenitud.

¹ (Intervención virtual desde la oficina de la Comisión Intereclesial de Justicia y Paz en Bogotá a la Parroquia de Santa Gema Galgani en Medellín)

Quienes la acompañamos, de cerca o de lejos, en este momento, sabemos que su vida constituyó un testimonio fuerte de valentía y de fe, que nos fortaleció y nos desafió en los momentos y etapas más duras que hemos vivido en este país, sumergido en la injusticia, en la violencia y en la corrupción.

Por eso, al querer leer su vida desde paradigmas iluminadores, hemos acudido al poema que aparece en el capítulo 50 de las profecías de Isaías, encuadrado en una serie de poemas que se refieren a una persona ideal servidora de Dios, quien a través de sus sufrimientos y de las afrentas a que la somete su entorno perverso, expresa lo más profundo y lo más hermoso de su fe.

La vida de esta mujer creyente aparece reflejada, con lujo de detalles, en ese profundo poema. Las afrentas y sufrimientos, centrados en la desaparición criminal de su hijo Luis Fernando, no la hicieron acobardar ni eludir las terribles confrontaciones que de ahí se siguieron, sino que las enfrentó con valor, editando una versión nada rutinaria del amor materno, que asume hasta las últimas consecuencias los efectos de la perversa violencia que contextuó el crimen.

Su compromiso, su audacia, su testimonio, se fueron convirtiendo en un paradigma para muchas víctimas, pues, como lo dice el texto bíblico: *“El Señor me ha regalado energías y palabras para animar a los que están cansados y sin esperanza”*. Su lucha, registrada minuciosamente en todos sus pasos, se fue convirtiendo en un verdadero patrimonio de la humanidad.

En la narrativa de los millones de víctimas de este Estado genocida, han ido haciendo carrera los símbolos asociados a esa vida que hoy llega a su plenitud: la Operación Cirirí y el oficio de desenredar madejas y de desarmar trucos. Yo quisiera recurrir a sus mismas palabras, en la versión más integral que ella misma redactó de su lucha por el rescate de los restos de Luis Fernando.

El 26 de octubre de 1988, estando en la cárcel del Buen Pastor a donde fue recluida luego del infame montaje en que le introdujeron en su casa un paquete de cocaína, llegó una monjita con un paquete de escapularios enredados para pedirles a las presas que se lo desenredaran. Ella se ofreció a hacerlo pero el incidente le revivió muchos recuerdos de su infancia. Sobre eso escribe así: “para mí tenía un especial y simbólico significado: era la presencia de mi mamá en aquel lugar y mientras me dedicaba a la tarea de salvar los escapularios, los gratos recuerdos de mi infancia desfilaron por mi mente como una maravillosa película en colores, olores y sabores”. De esos recuerdos transmitió algunos:

Uno fue el del cirirí: “mi preocupación en esa época eran los pollitos porque tenían dos tenebrosos enemigos: la comadreja y el gavilán que se los llevaba en sus garras por el aire y el único que los defendía del gavilán era un pajarito pequeño llamado cirirí que los perseguía y acosaba hasta que soltara su presa; era sinónimo de insistencia, incómodo y molesto. En mi casa decían que yo era como un cirirí. Los animales domésticos eran mis amigos, pues en la casa solo había adultos”.

Otro recuerdo fue el oficio de desenredar madejas. En vacaciones, mientras sus hermanas llevaban a la finca trabajos de costura del colegio, ella y su hermana Amanda traían madejas para desenredar. Escribe: “Yo, jalando los extremos, apretaba más el ovillo y mamá, con toda su paciencia que era infinita, me dio la técnica de ir aflojando los nudos que parecían nudos gordianos, imposibles de desatar”

Cuando el episodio de los escapularios en la cárcel, escribe: “Estaba tan absorta y concentrada en mis pensamientos, repasando mi infancia, que se me había olvidado que estaba detenida en el Buen Pastor, acusada de terrorismo, subversión y de ser la jefa de la narcoguerrilla en Antioquia, y cuando sonó la campana para subirnos a la celda, supuestamente a dormir, ya había liberado del tremendo enredo, no solamente los escapularios de la Virgen del Carmen, sino toda esa fuerza interior que tenía acumulada. Por la noche desfilaron por mi mente todas esas enseñanzas, recomendaciones, ejemplos, plegarias de mi infancia y me dije: ‘Fabiola, serenidad, serenidad ante todo en los momentos difíciles, para no cometer errores’, que era, precisamente, la sabia recomendación de mi mamá. Pensé en las madejas enredadas y caí en cuenta de que la situación era semejante: un manojo de enredos, mentiras, contradicciones, que tenía que ir aflojando con maña, y para rematar, orar sin cesar. Como mi mamá todo lo solucionaba rezando, bueno, pensé, aquí hay trabajo para toda la Corte Celestial. La Fe mueve montañas. Y por primera vez en cuatro años, dormí profundamente. Estaba exhausta”

Al salir en libertad, después de 12 días de prisión, afirmaba: “Paradójicamente, esos 12 días de detención se convirtieron en los días más productivos e importantes de mi vida, pues salí espiritual y mentalmente fortalecida. El delirio de persecución y el pánico que venía padeciendo a raíz de la desaparición de Luis Fernando, se quedó en la celda. Fue mi petición más ferviente cuando de rodillas agradecía a Dios y a toda la Corte Celestial nuestra liberación incondicional”

En adelante la vimos más decidida y convencida, enfrentando a unas estructuras de poder perversas que no ahorraron falsedades ni afrentas para esconderle su objetivo: los restos mortales de su hijo. Una sucesión de episodios conmovedores y recorridos por instituciones donde se urdían toda clase de artimañas y trampas que fueron revelando tramo a tramo la enorme perversidad del sistema que nos rige, pero a la vez resaltaban el arrojo heroico y creyente de una mujer que nunca cedió ante murallas que pretendían disuadirla de sus convicciones y de su amor.

En sus últimos días en la prisión, relata: “Abrí la Biblia al azar, como hacía mi mamá con la Imitación de Cristo, y apareció el capítulo 18 de San Lucas: la viuda y el juez, basado en la insistencia, y me dije: Claro, esta es la clave: la insistencia. Y recordé al cirirí, el pajarito ese de mi infancia que perseguía a los gavilanes, un simbolismo perfecto, y recordé que a Luis Fernando lo detuvieron en el marco de la “Operación Cuervo”, y en mi caso se llamó “Operación Centella”; así que mi respuesta a tantas mentiras, contradicciones, atropellos, se llamaría “**Operación Cirirí**”, por aquello del refrán que dice: “todo gavilán tiene su cirirí”.

Cuando, después de muchos años, logró que se realizaran diversas exhumaciones del supuesto insurgente “alias Jacinto”, falsamente muerto en un intento de fuga, personaje en el cual ella desde el comienzo sospechó que se ocultaba la identidad de Luis Fernando, fueron conmovedores sus relatos, que bordearon lo que la tradición ha llamado milagros. En el primer intento, en abril de 1992, escribía: “faltaban unos minutos para las 3 de la tarde y estaba ya muy oscuro el lugar, el juez manifestó que era imposible seguir en esas condiciones (...) Me senté a llorar en una piedra y con los ojos cerrados dije con toda la fe de mi alma: Señor, Tú no puedes colaborar con la impunidad; no permitas que perdamos esta oportunidad de saber la verdad. ¡Por favor, Señor! Te lo suplico en este miércoles santo. Este ya no es un asunto de los hombres sino de Dios -dije en voz baja-. Cuando abrí los ojos, en ese momento un rayo de sol penetró por entre las copas de los árboles... eran las tres en punto de la tarde- iluminando el sitio donde escarbaba la médica legista.

Un campesino que estaba colaborando, levantó un tendido de tierra de capote y aparecieron algunos restos humanos, un pedazo de correa negra, una cabuya sintética con nudos, la ropa que vestía Luis Fernando (...)

En el último intento de encontrar las piezas claves del cadáver, necesarias para definir la identidad, relata: “Era la una de la tarde y no aparecía el cráneo. Yo les insistía en que buscáramos en la raíz. Le dije a Adriana; de aquí no me bajo. Los forenses me dijeron que iban a buscar hacia abajo, por la ley de la gravedad. Yo les contesté que había que buscar hacia arriba, porque los mecanismos de impunidad, en casos como éste, operaban en sentido contrario a las leyes de la gravedad; que en Colombia a los muertos por razones políticas había que buscarlos hacia arriba y monte arriba (...) Dada ni obstinación, un odontólogo forense y un campesino se acercaron a la raíz, allí estaba Adriana. Al rato ella dio un grito desgarrador del que todavía me acuerdo: Mamá, mamá, lo encontraron; Yo miré y vi al doctor Torres con algo redondo en la mano cubierto de tierra y de raíces, era el cráneo encontrado en la raíz del árbol de nuestra insistencia (...)

Mucho tiempo y muchas trampas mediarían entre el hallazgo y la entrega de los restos plenamente identificados. Un Mayor del ejército con el nombre de “Armando Truco”, le hizo la entrega de los restos de la manera más ofensiva, en una escueta enumeración de piezas óseas. Luego de haber desenredado por mucho tiempo madejas con nudos gordianos, tras concesiones de jueces inicuos que resultaron ser el mismo Estado, entendió que las afrentas exigían también dedicarse a desarmar trucos.

Una hermosa novela de amor y de heroísmo se configura en sus relatos. Junto a sus despojos, quiero renovar mis sentimientos de gratitud por su vida, interpretando los sentimientos de numerosas víctimas de nuestra país y del mundo, con las mismas palabras de gratitud que pronuncié en el funeral de Luis Fernando: el 19 de enero de 1996:

*“En nombre de esa humanidad que aún conserva tensionados los resortes espirituales de su conciencia moral: **GRACIAS** Doña Fabiola; **GRACIAS** Familia Lalinde, por el ejemplo que le han dado a nuestro país y al mundo, de no claudicar y de proclamar con su vida y su accionar una esperanza y una constancia a toda prueba; una fe incommovible en los valores que dan sentido al ser humano y que estructuran, en sus estratos más profundos, la solidaridad de la especie humana”.*

Hasta siempre.

Javier Giraldo Moreno, S. J.